

# El simbolismo posmoderno de las bibliotecas de Barcelona

Daniel Gil Solés

Biblioteca Pública Episcopal del Seminario de Barcelona

La publicación de mi último libro [\*Del templo simbólico a la desmaterialización: un recorrido por la arquitectura bibliotecaria del siglo XX al XXI\*](#), en la que hago un repaso global de las transformaciones arquitectónicas de los edificios de las bibliotecas (y sus implicaciones sociales, culturales y filosóficas) en los últimos 100 años, es la excusa perfecta -seguramente pretendidamente querida- para, a partir de una propuesta de los editores de Hansel y Gretel, reflexionar aunque sea brevemente sobre en qué situación se encuentra la arquitectura bibliotecaria en la ciudad de Barcelona. Una brevedad que en absoluto quiere menospreciar el nivel de exhaustividad y de rigor del argumentario que creo he mantenido en el libro. Y al mismo tiempo, este artículo puede ser también un buen punto de partida para focalizar y centrar este ámbito cultural y de cruce (bibliotecas y arquitectura) bastante importante en la ciudad y que desgraciadamente demasiadas veces pasa sobrecogedoramente desapercibido.

Hay que decir ante todo que la situación bibliotecaria en la ciudad, en un plano estrictamente técnico, ya pesar de la herida permanente y constante de la ausencia de la denominada Biblioteca Provincial en la Estación de Francia, es francamente esperanzadora (y siempre, como todo, mejorable, naturalmente). La ciudad dispone de una excelente red de bibliotecas públicas repartida por todos los distritos; es quizás el elemento más importante de la capilaridad bibliotecaria de la ciudad, pero no el único: por toda su geografía urbana encontramos esparcidas bibliotecas nacionales, universitarias, patrimoniales, especializadas, privadas... que no hacen más que enriquecer el sistema y ofrecer a los usuarios de las bibliotecas una diversidad realmente impresionante. Pero esta buena situación tiene su correspondencia con los edificios, con la arquitectura? Como siempre, hay matices. Hay matices que, si bien hay que destacar y poner en valor el trabajo impecable y el trabajo realizado desde la Gerencia de Servicios Bibliotecarios de la Diputación de Barcelona, y más concretamente desde la [\*Unidad de Arquitectura Bibliotecaria\*](#), también es cierto que, en líneas generales, creo que los edificios bibliotecarios han quedado momentáneamente parados en la tercera de las transformaciones de las que hablo en mi libro. Aquella transformación que nació en 2001 con la Mediateca de Sendai, y que sirvió de modelo inicial para redefinir de arriba abajo qué y cómo debía ser un edificio de biblioteca, escribiendo la introducción y los objetivos de un futuro que debía ser digital. Y parece, desgraciadamente, que nos quedamos sólo en la introducción, a pesar de tener muy cerca de Barcelona uno de los mejores prólogos, la Biblioteca de Palafolls, que hacía tener esperanzas de que finalmente jugaríamos a otro nivel. Pero en prólogo nos quedamos. Si, claro, la digitalización que se apuntaba a Sendai llegó para quedarse en las bibliotecas barcelonesas. Y hasta hoy. Los edificios son digitales, y además la digitalización se difumina y se integra en la quotidineïtat de la biblioteca y de las personas que la habitan. Y si, claro que si, las bibliotecas de la ciudad son herederas de la concepción que inició Toyo Ito en Sendai apostando por edificios mucho más abiertos, con más facilidades y mucho más integrados en la visión y en las nuevas formas de consumir los productos culturales que nos rodean. Pero tengo la percepción de que aquí nos hemos parado; no tengo las llaves ni creo que las pueda tener yo, y quizás averiguar los motivos dé para otro artículo.

Y es que a pesar de la digitalización evidente, el paisaje de nuestras bibliotecas continúa dominado por el libro en papel. Aún no se ha avanzado hacia la cuarta transformación, aquella en la que eso

tan etéreo de la digitalización se hace visible y coloniza del todo el espacio físico de la biblioteca, hasta transformarlo de forma disruptiva y eliminando de raíz la presencia del papel. Nos hemos quedado quizás frenados en una especie de simbolismo postmoderno que nos da un cierto margen de maniobra, pero que en el fondo hace que diseñamos y pensamos bibliotecas bajo un mismo patrón, unos límites bien conocidos y unas mismas líneas de seguridad. Quizás sea un asunto cultural, de no querer o no poder explorar nuevos caminos, y de falta de radicalidad. Habría, pienso, que pasar página, reconocer la etapa de éxito que hemos vivido, y convencernos de la necesidad de abrir nuevos horizontes, nuevas formas de hacer y pensar la biblioteca, nuevas formas de vivir y habitar la biblioteca que sirvan para superar el modelo que tenemos en la ciudad, y buscar nuevos símbolos.